



**30/11/2000 CICLO ORGANIZADO CON MOTIVO DEL XXV ANIVERSARIO DEL REINADO DE S.M. EL REY**

**CONFERENCIA DEL PRESIDENTE DEL GOBIERNO, JOSÉ MARÍA AZNAR, TITULADA *LA PRESIDENCIA Y EL GOBIERNO DESDE 1996 HASTA HOY***

Madrid, 30-11-2000

Señor Director, señoras y señores académicos, señoras y señores,

Agradezco muy sinceramente a la Real Academia de la Historia su invitación para intervenir en este ciclo y las palabras que acaba de pronunciar su director; ciclo dedicado a conmemorar y a celebrar el XXV aniversario del reinado de Don Juan Carlos. Creo que es un enorme acierto que esta institución no se limite a conmemorar un hecho histórico, sino que promueva, además, la reflexión y el análisis riguroso. Estoy convencido, por los nombres de quienes me han precedido y de quienes hablarán en próximas fechas en esta tribuna, de que el rigor y la pluralidad de opiniones serán una constante en este ciclo.

No soy historiador, pero sí un dirigente político consciente del valor que para una Nación tiene el conocimiento de su Historia, en toda su riqueza y pluralidad, y con toda su extensión. La Historia es una disciplina que debe tener, en mi opinión, una presencia importante en los planes de estudio de los escolares: nuestra Historia común, la española y la universal, a partir de un tratamiento cronológico. No pueden interpretarse correctamente los acontecimientos que hoy vivimos, los problemas que nos preocupan o las esperanzas que compartimos, sin conocer al menos las líneas generales de nuestro pasado y a los protagonistas que han contribuido a hacer el mundo tal como es hoy.

Por eso me complace tanto dirigirme a ustedes aquí, en esta casa, donde, por primera vez, como recordaba su director, el Gobierno que presido anunció su intención de mejorar la enseñanza de las Humanidades, propósito que espero ver muy pronto cumplido.

Quiero decirles que soy consciente de las limitaciones de interpretación que supone un pasado tan reciente como el que nos ocupa en este ciclo; pero estoy seguro de que, en el futuro, las importantísimas transformaciones que han tenido lugar durante los últimos veinticinco años harán que el reinado de Don Juan Carlos merezca un apartado muy relevante en los libros de Historia.

Al conmemorar con estas conferencias nuestra Historia más próxima, evocamos la trayectoria de un reinado y también la historia de un éxito colectivo, el de la conquista de la libertad democrática. "No hay en la tierra contento que se iguale a alcanzar la libertad perdida", escribió Cervantes en "El Quijote". Hace un cuarto de siglo los ciudadanos españoles lo corroboraron. Hoy también podemos hacerlo.

En su primer mensaje después de jurar en las Cortes, el Rey ya nos recordó que juntos podríamos hacerlo todo. Estar sin fisuras del lado de la libertad y la legitimidad democráticas es la única forma de conseguir que éstas sean un derecho, y no un privilegio, de todos los españoles.

Nuestra transición y la trayectoria de nuestra democracia constituyen ciertamente un éxito; un éxito colectivo y compartido por todos los españoles. A veces es esto mismo lo que nos hace olvidar que alcanzarlo requirió grandes esfuerzos y mucha generosidad. Todos los españoles tuvieron que ceder un poco para que todos los españoles pudiesen sentirse incluidos. La transición fue una labor de todos porque no fue la imposición de nadie: de ninguna ideología, de ningún credo. Aquella conquista de libertades cívicas deseada y pilotada por el Rey fue, sin lugar a dudas, ejemplar.

Creo que es esencial recordar y transmitir a las generaciones más jóvenes que la transición española hacia la democracia constituyó un ejemplo y un modelo, no sólo por el fin que perseguía, sino también, y sobre todo, por cómo se hizo, por los medios empleados. Hoy, tal vez, es más importante que nunca recordar que en política, sin duda, los medios cuentan y cuentan mucho.

Cuando el Rey dijo el día de su coronación que quería serlo "de todos a un tiempo y de cada uno en su cultura, en su historia y en su tradición", ya entonces, aun faltando tres años para que naciese el texto, el Monarca adelantó el espíritu de lo que sería la Constitución de todos.

La Constitución de 1978 proclama desde su primer artículo que la libertad, la justicia, la igualdad y el pluralismo político son los valores superiores que rigen el ordenamiento jurídico de nuestra Nación. El espíritu constitucional refleja así un anhelo de varias generaciones de españoles: la unidad y la diversidad, la coincidencia en lo esencial y la libertad para poder disentir, para tener convicciones diferentes y poderlas expresar.

Pero también es verdad que las leyes no bastan para hablar de democracia. Como decía Mariano José de Larra, "un pueblo no es verdaderamente libre mientras la libertad no esté arraigada en sus costumbres e identificada con ellas". Hace más de dos décadas nos dimos una gran oportunidad con la Constitución y es nuestra responsabilidad permanente que eso sea una realidad cotidiana en toda España.

Señoras y señores,

La Academia de la Historia me ha invitado muy amablemente a que hable de la Presidencia y el Gobierno desde 1996 hasta hoy; pero creo que sería un error por mi parte hacerlo sin poner este presente en su justo contexto. Nada de lo que podemos hacer hoy sería posible sin el esfuerzo de quienes nos han precedido. Nada sería viable sin el esfuerzo de los protagonistas de nuestra historia reciente, tanto de quienes han ocupado cargos de poder destacados, como, más si cabe, de toda la sociedad española,

porque son los ciudadanos los que realmente han hecho posibles los logros de estos años y nuestra labor como gobernantes.

Sé que todos estamos de acuerdo en que son ellos, los ciudadanos, los que han hecho posible que España se convierta en referencia en todo el mundo de cómo lograr una transición democrática pacífica y con éxito. Creo que los últimos veinticinco años son una historia escrita entre todos y que ahí justamente radica su acierto.

Gracias a todos se ha podido lograr algo tan sencillo, y tan complicado a la vez en nuestro pasado histórico, como la normalidad y, formando parte de ésta, la alternancia. Durante estos veinticinco años hemos gobernado partidos de signo bien distinto: la Unión de Centro Democrático, el Partido Socialista Obrero Español y el Partido Popular. El que España haya seguido con todos una trayectoria general de progreso se debe, principalmente, a que hemos mantenido unos consensos básicos: la Monarquía parlamentaria, las instituciones democráticas, la Constitución y la apuesta por una España plural.

Hay que decir que pocas veces en la historia tiene un país la oportunidad de hacerse de nuevo, y eso nos ocurrió a los españoles hace veinticinco años. Afortunadamente, nadie puede decir, mirando la España de nuestros días, que esa oportunidad no ha sido aprovechada. Lo que entonces parecía un ideal hoy es plenamente normal; lo que entonces eran metas casi impensables, hoy están al alcance de la mano. Esto no lo consigue ningún Gobierno, como no se consigue tampoco en cuatro años, ni en ocho, ni en doce. Se consigue día a día y a ello contribuimos todos.

Creo que los responsables políticos y todos los españoles de una cierta edad podemos estar satisfechos de haber cumplido ese deber entre las generaciones que consiste en legar un país mejor del que hemos recibido. Pero a los que ocupamos la responsabilidad de Gobierno en el presente no se nos escapa que quedan pendientes retos esenciales. Ésa es una cuestión a la que, con su permiso, me referiré más adelante.

Quiero decirles ahora, señoras y señores, y recordar que el Partido Popular se refundó hace diez años con la intención de articular y defender un ideario centrista, moderado y liberal. Centro y libertad son desde el principio los valores predominantes de nuestro proyecto político. Nuestro ideario propugna un compromiso fundamental con los derechos y libertades individuales y con el principal instrumento que en España los desarrolla y ampara, que es la Constitución. Quisimos, al mismo tiempo, expresar nuestro optimismo sobre el futuro de España, nuestra confianza en la capacidad de los españoles para hacer del nuestro uno de los países más avanzados de Europa.

En unos años logramos configurar una alternativa política sólida, creíble y capaz de concitar la confianza de los españoles. No quisimos preguntar a nadie de dónde venía, sino a dónde querían llegar y qué es lo querían hacer.

Dice Ortega que "es el porvenir quien debe imperar sobre el pretérito y de él recibimos la orden para nuestra conducta frente a cuanto fue". Yo también soy de esa mayoría de españoles que cree que hay que mirar al futuro y hacerlo sin complejos, confiar en la sociedad, en las capacidades de cada persona para hacer funcionar mejor esa sociedad.

Por eso queríamos un proyecto pensado para todos, no dibujado al servicio de intereses concretos ni dirigido a determinados grupos, sectores o facciones. Queríamos un proyecto que avanzase necesarias reformas, que avanzase propuestas políticas alternativas; pero, sobre todo, que ofreciese también un nuevo talante y demostrase que en política no es saludable vivir de las rentas pasadas. Tras casi veinte años de democracia, el panorama político español reclamaba, en mi opinión, una fuerza política que desmintiese, de una vez por todas, la utilidad de apelar en nuestro país al voto del miedo.

De acuerdo con nuestra idea de que la legitimidad y la credibilidad se ganan día a día, el crédito político no se nos otorgó de la noche a la mañana, por un cambio de siglas, por un cambio de colores o unos esloganes, si se me permite la expresión, más o menos afortunados. Todo lo contrario. Se nos fue dando poco a poco, primero en municipios, después en Comunidades Autónomas, más tarde en el Gobierno de la Nación, cada vez con una mayoría más clara que la anterior, consecuencia tanto, en mi opinión, de realizaciones como de actitudes.

La alternancia es expresión de normalidad democrática y, por eso mismo, los cambios de Gobierno producidos desde 1975 hasta hoy no son un acontecimiento nimio para una democracia tan joven como la nuestra y tan consciente de la etapa que la precedió. Demuestran y nos demuestran a todos, afortunadamente, que el poder no es patrimonio de nadie.

Por esa razón creo que el 3 de marzo de 1996 y, sobre todo, el 12 de marzo del año 2000 quedó enterrada por fin esa anormalidad de la política española que significaba tener nuestra Historia como rémora y no como enseñanza. No la enterraron todos los políticos; la enterraron los propios ciudadanos, dando muestras de una enorme madurez política.

Señoras y señores,

Desde 1975 España ha afrontado con decisión un extraordinario proceso de modernización económica y social. En mi opinión, ha habido tres hitos cruciales en esta trayectoria: en primer lugar, los Pactos de la Moncloa, que permitieron, por primera vez, que un proceso democratizador se asentara sobre bases económicas saludables; en segundo lugar, el ingreso de nuestro país en las Comunidades Europeas, gracias al cual nuestra economía y nuestra sociedad abandonaron su tradicional aislamiento y se adaptaron para integrarse en una gran área dinámica y próspera; el tercer reto fue incorporarnos a la Unión Económica y Monetaria Europea, y hacerlo desde el primer momento, porque eso nos sitúa definitivamente en el grupo de las economías más avanzadas del mundo. Esa última tarea es la que correspondió a mi Gobierno.

Nuestro primer empeño fue generar confianza en España. Aquella confianza que buscábamos habrá propiciado la creación de dos millones y medio de puestos de trabajo netos desde 1996. Siempre he creído que no hay mejor política social que la que crea empleo y que es mejor, mucho mejor, trabajar que depender de un subsidio.

En este impulso histórico por acabar con una de las mayores lacras sociales, el paro, buena parte del mérito corresponde a la actitud constructiva y al sentido de la responsabilidad de los agentes sociales. Los sindicatos y los empresarios supieron llegar

a acuerdos que contribuyeron decisivamente a que hoy estemos en el camino de erradicar el paro. El objetivo del pleno empleo, antes utópico, hoy posible, merece que este entendimiento de los agentes sociales se consolide y aumente en el futuro, y espero que próximamente también vea nuevos frutos.

Lo cierto es que hoy España es un país mucho más dinámico, más abierto al mundo, más estable, con mayor capacidad emprendedora. El gran cambio de estos últimos años reside en el protagonismo de la sociedad para crear su propio futuro. Se han invertido los términos. Se han devuelto recursos a la sociedad para que, a través de la creación de empleo, gocemos hoy de un sistema de pensiones consolidado, por ejemplo. El superávit de la Seguridad Social es el fruto de que más españoles hayan tenido un empleo en estos años. Este superávit ha permitido la creación de un fondo de reserva destinado a garantizar nuestro sistema de pensiones, que seguirá aumentando en el futuro.

Equilibrar las finanzas públicas no es una mera operación de contabilidad; es conseguir una economía más estable para lograr una sociedad cada vez más próspera y nos permite, en definitiva, continuar nuestro camino sin trasladar cargas del presente a las próximas generaciones de españoles.

En el curso de los últimos veinticinco años hemos pasado de un Estado cerrado e intervencionista a un Estado impulsor de la iniciativa individual. Aquí radica el cambio que nos ha llevado a ser el sexto país exportador neto de capital del mundo. En todo este tiempo nuestra convergencia con Europa nos ha situado por encima del ochenta por ciento de la renta media de la Unión Europea. Nos estamos acercamos, pues, al logro de nuestra vieja aspiración, que es la de equipararnos a los países más avanzados de Europa.

Desde otro punto de vista muy importante, compartimos un país, una nación, descentralizado, pero unido en sus valores cívicos, sus principios democráticos y su historia. En aras de este proyecto estamos cumpliendo el compromiso de ampliar el diálogo político, tanto con los otros grupos del arco parlamentario, como con los agentes sociales. Encima de la mesa están los grandes desafíos del futuro: la política de inmigración, las reformas educativas, la reforma de la Justicia.

Estos años han estado presididos por el optimismo y por la confianza en nuestras capacidades como país, por la democracia y por la libertad; pero también existen dificultades y obstáculos que salen al paso intentando enturbiar y perturbar nuestra convivencia. La única sombra que amenaza nuestro proyecto común es el terrorismo. Aun viviendo en un sistema democrático, no podremos estar satisfechos ni un solo día mientras haya ciudadanos que teman las consecuencias de ser libres.

El fenómeno del terrorismo, al que nunca podremos acostumbrarnos, extremó su inmensa crueldad cuando secuestró y asesinó a un joven concejal de la localidad vasca de Ermua. El asesinato de Miguel Ángel Blanco no fue peor que el de tantos otros; pero sí fue su macabra escenificación la que actuó como una punzada de un sentir profundo que albergaba toda la sociedad española. Así nació el "espíritu de Ermua" y así pasó esa nueva muerte a representar un momento trascendental de nuestra historia reciente.

Lo ocurrido entonces en las calles del País Vasco y de toda España unió a todos los ciudadanos demócratas de forma auténtica y espontánea. Y fue así porque todos los ciudadanos demócratas nos encontramos en aquel momento bajo el calor de la libertad que siempre nos proporcionará vivir en un Estado de Derecho. Durante esos días los asesinos y sus colaboradores sufrieron seguramente el mayor golpe de su oscura historia. La unidad devolvió a los ciudadanos la confianza en la libertad y en las instituciones garantes de sus derechos fundamentales.

Ante esa reafirmación de la libertad, los terroristas ensayaron un quiebro histórico, pretendiendo salvarse de la asfixia. Y, por desgracia, en ese desesperado ejercicio de supervivencia del terror encontraron a quienes les escuchasen. Entre la persuasión de las armas por parte de unos, la coincidencia en los objetivos por parte de otros y la buena fe de muchos, ese torvo regate de los terroristas a la libertad desembocó en la traición al "espíritu de Ermua", a la Constitución y al Estatuto de Autonomía vasco que supuso la firma del Pacto de Estella.

Ese acuerdo antidemocrático, inmediatamente precedido por otro con la propia banda terrorista, suponía condicionar el fin del terror al logro de sus objetivos secesionistas. Suponía --y supone todavía, porque sigue vigente-- la pretensión de que los asesinatos del terrorismo tuvieran la recompensa de ver conseguidos sus objetivos.

Hoy conviene recordar que el Pacto de Estella no sólo es condenable por el hecho de que entre sus firmantes figuren los terroristas, en una o en algunas de sus muchas caracterizaciones; también lo es, y en idéntica medida, por tratarse de un proyecto concertado para quebrantar la voluntad democrática del pueblo.

Necesitamos la unidad, porque no podemos dar por resuelta nuestra convivencia si antes no tenemos bien asentados los principios que sostienen el edificio de nuestra democracia. Bienestar, prosperidad, progreso, son consecuencias de la libertad, son consecuencias del ejercicio cotidiano de la libertad. Por eso es necesaria la unidad, una unidad sin grietas, sin ambigüedades, sin cálculos egoístas, bien emparejada a la libertad y a las únicas instituciones que pueden defender la libertad y amparar la libertad de todos.

Tengo la absoluta convicción de que erradicar el terrorismo exige, además, la participación activa de todos cuantos se tengan por demócratas, y por ello es imposible de disociar de la realidad política del País Vasco.

Acabar con el terrorismo no es sólo detener comandos terroristas; es también hacer lo necesario para que el odio no se inculque a los más jóvenes; es impedir la comprensión y la ayuda material, moral o política al entramado terrorista; es lograr que una policía que tiene el deber de velar por las libertades se vea respaldada en su tarea de que las calles sean un espacio de libertad y de convivencia. Por todas estas razones creo que es imprescindible construir una alternativa de libertad para los vascos y que es nuestro deber y nuestra obligación construir esa alternativa.

Las dudas, las vacilaciones o el cálculo político de vuelo corto no son para este momento. Hay que decidir si se quiere compartir y coliderar un proyecto de libertad, o si se prefiere asistir impávido a la imposición totalitaria de quienes tienen como

proyecto político convertir a una mayoría de los vascos en extranjeros en su propia tierra. Ésa es la decisión que hay que tomar.

Señoras y señores,

Quisiera decirles también mi convicción de que la España que viviremos al final de la presente legislatura será muy diferente de la que conocimos en 1996: la del año 2004 será una España que hará sus compras en euros y, con ello, nuestra peseta también será historia; no existirá el servicio militar obligatorio; habremos avanzado sustancialmente en el camino hacia el pleno empleo y el progreso de las innovaciones tecnológicas habrá cambiado nuestro modo de vivir, de comunicarnos y de trabajar.

Tenemos una idea clara de cuál es el camino que queremos recorrer: el camino que debe conducirnos a un marco económico más dinámico, a una sociedad inquieta y dialogante, a una ciudadanía mejor formada y a un país más solidario, tanto hacia el interior como hacia el exterior.

Creo que en estos veinticinco años hemos logrado, entre todos, hacer de España un país moderno y es necesario ahora afianzar ese avance para evitar retrocesos indeseables. La solidez de los cimientos de esta construcción y la flexibilidad de la que dotemos a nuestras estructuras nos permitirán resolver con garantías las pruebas que nos plantee el mañana.

Durante los últimos cuatro años hemos conocido una época de crecimiento económico muy notable y hemos alcanzado también el equilibrio en nuestro presupuesto. Ahora es el momento de asegurar que esta situación se mantendrá a partir de ahora, es decir, que gastaremos lo que nuestra capacidad para generar ingresos nos permita. Queremos, o al menos yo quiero, una democracia sin déficit y pronto espero que podamos comprobar las ventajas de una situación así para el desarrollo de la economía española y la prosperidad de los españoles.

Esta situación de equilibrio nos permitirá contemplar una reforma fiscal que afecte tanto a la Hacienda del Estado como a las Haciendas autonómicas y locales. En el primer caso, el Gobierno se ha comprometido a una nueva reducción del Impuesto sobre la Renta, que siga avanzando por el camino de la eficiencia y facilite el ahorro y el trabajo; camino que ya emprendimos la pasada legislatura con una reducción importante del Impuesto sobre la Renta, a la que en estos últimos meses se han sumado Gobiernos de importantes países europeos.

Pero también quiero decir que la economía pública española no es sólo la que tiene su reflejo en los Presupuestos Generales del Estado. España es también sus Comunidades Autónomas y sus Entidades Locales, y es necesario que éstas dispongan de cuentas saneadas y equilibradas; que el conjunto del Sector Público tenga la dimensión imprescindible para ofrecer los servicios que una sociedad moderna debe garantizar a los ciudadanos, pero que no rebase en ningún caso esos límites.

Estamos ahora a punto de culminar un proceso por el que la mayor parte de las competencias que correspondían al Estado se han traspasado a las Comunidades Autónomas; un proceso que, sin duda, ha transformado la manera de entender España.

El volumen de gasto gestionado por las Comunidades Autónomas ha ido creciendo sustancialmente a lo largo de este período y se va a incrementar aún más significativamente con el traspaso de las competencias pendientes. Quiero decir eso que habrá mucho más gasto que se realice desde las Comunidades Autónomas y desde los Ayuntamientos que desde el propio Gobierno de la Nación.

El compromiso de disciplina en la gestión de los gastos debe estar vinculado a un nivel de responsabilidad correspondiente del lado de los impuestos. Por lo tanto, es también una tarea inmediata lograr un sistema que proporcione una financiación adecuada, basada en tres criterios: la corresponsabilidad fiscal, la garantía de la unidad del mercado y la cohesión social.

Señoras y señores,

Yo creo, y permítanme utilizar esta expresión, que la Historia no tiene prisa. Los muros que se construyeron ayer hoy han caído y los que se quieran levantar a partir de hoy llevan la fecha de caducidad inscrita en cada piedra.

Los empeños por encerrarse en particularismos tienen cada vez menos sentido. Vivimos, afortunadamente, en tiempos de mundialización y de sociedades abiertas y debemos lograr que la convivencia entre personas de orígenes muy distintos se produzca de manera natural y fluida en cada ciudad y en cada barrio. La diversidad es hoy una riqueza cultural e intelectual, es ciertamente una riqueza vital para todos.

Debemos abordar la inmigración en Europa con una perspectiva común e integradora, en Europa y en España. Que España tenga problemas de inmigración significa que tiene los problemas de una sociedad próspera, como cuando teníamos problemas que hacían que nuestras gentes emigrasen eran los propios de una sociedad pobre y poco desarrollada. Hoy necesitamos contar con instrumentos y políticas que permitan que la llegada de inmigrantes, tan ineludible como necesaria, se produzca de forma ordenada para garantizar unas mejores condiciones de integración, porque lo contrario, si no se produce de manera ordenada, es no querer la integración y es apostar por la marginalidad, por la explotación, por el rechazo y, en el plazo más breve que largo, guste o no, por tensiones sociales difícilmente soportables.

Esta y tantas otras realidades exigen una mirada que no se puede restringir al campo de visión de España, sino que requieren un enfoque supranacional.

La dimensión internacional de España, a la que nuestro Rey tanto ha contribuido y sigue contribuyendo, adquirirá en los años próximos una progresiva importancia. En el primer semestre del año 2002 España volverá a desempeñar la Presidencia de la Unión Europea; un período decisivo en el cual comenzará la circulación efectiva de la moneda europea común, se estrecharán lazos entre Europa e Iberoamérica y se consolidarán las bases para la futura ampliación de la Unión Europea.

Debemos potenciar el protagonismo que a España le corresponde en el ámbito internacional, tanto por su papel en la Historia como por el peso de nuestra economía y por la dimensión de nuestra cultura.

Son estos tres factores, la historia, la economía y la cultura, los que hoy nos otorgan, sin lugar a dudas, la condición de puente entre Europa y América. Disponemos de un patrimonio cuyo valor es tan indiscutible como difícil de cuantificar por su magnitud y por su potencial, que es la lengua castellana, el español. El español, el idioma en el que se comunican más de cuatrocientos millones de personas, y segunda o tercera lengua ya en muchos países, no es un mero símbolo de nuestra cultura o un bien económico poderoso; es también un medio de conocimiento que debemos cuidar y potenciar.

En ese marco vamos a acometer la reforma de nuestra enseñanza para dotarla de contenidos que procuren a nuestros alumnos una base cultural sólida y amplia. Alentamos una enseñanza que proporcione una perspectiva, tanto de la pluralidad de nuestra sociedad, como de los orígenes y el desarrollo de nuestra cultura y de nuestra historia común.

A lo largo del período que ahora conmemoramos, estos veinticinco años, se han llevado a cabo reformas esenciales en nuestro sistema educativo. En un primer momento, la prioridad era extender la educación a todos nuestros niños y jóvenes; más tarde, se acometió su extensión con carácter obligatorio y gratuito hasta los dieciséis años; en estos momentos, cuando ya hace tiempo que la educación llega a todos, nuestra prioridad no puede ser otra que la calidad del sistema

La Educación es un instrumento vital para componer una sociedad que incentive valores como el esfuerzo, la responsabilidad y el respeto a los demás y a las normas de convivencia; una sociedad con recursos suficientes para generar ideas y mecanismos que garanticen su propio desarrollo. La educación es factor clave para que la sociedad española continúe siendo una sociedad de oportunidades, una sociedad en la que cada persona siga teniendo la posibilidad de llevar adelante sus iniciativas.

Creo que nunca antes había gozado España de veinticinco años de convivencia pacífica y democrática como los que ahora se cumplen bajo el reinado de Don Juan Carlos, creo que nunca antes se había gozado de un marco de libertades como el que garantiza la Constitución, y creo que nunca se habían dado, además, los niveles de educación y de cultura actuales.

Señoras y señores, y señor director,

A lo largo de mis palabras de esta tarde he querido destacar la importancia del reinado de Don Juan Carlos en nuestra historia contemporánea y la recuperación de la soberanía popular gracias al impulso decidido, lúcido y valiente del Rey.

He querido también hablarles de los aspectos más importantes de nuestro proyecto de Gobierno, de lo que ya he realizado y de cuanto tenemos a la vista. Alcanzar el pleno empleo, mejorar la calidad de la educación para todos, reformar la Justicia o terminar con el terrorismo son metas que sólo pueden alcanzarse mediante una confianza plena en nuestra sociedad y mediante la confianza de los ciudadanos en sus propias posibilidades en sí mismos y de su confianza en nuestro país. Ha sido y es nuestra máxima prioridad reforzar en todo momento esa confianza y hacer de España una Nación segura de sí misma, una gran Nación plural que confía en sus posibilidades; hacer, construir y desarrollar una España sin complejos.

Cánovas del Castillo, insigne historiador y gran Presidente del Gobierno, dijo que "política es el arte de aplicar en cada época de la Historia aquella parte del ideal que las circunstancias hacen posible".

He tenido el honor de poder gobernar España durante casi cinco años y aún me quedan tres más por delante, Dios mediante. Al final de ese período creo que podré decir que pude aplicar en muy buena medida mi ideal político en cada tiempo, según lo que las circunstancias permitieron; un ideal que considera que sólo la máxima expansión de la libertad individual hace posible a la sociedad avanzar hacia el progreso de todos.

Y creo que tendré, además, la fortuna de poder comprobar que ese ideal, que muchos españoles compartimos, sirve para alcanzar el fin último al que aspiramos: que nuestro pueblo sea una Nación tan libre y tan avanzada como las que más puedan serlo en todo el mundo. Ese pueblo unido, diverso y fecundo, que ha sido España a lo largo de su Historia. La Historia que aquí, en esta casa, se cultiva, que bien merece que la estudiemos y, sobre todo, que bien merece que hagamos, cada uno desde su responsabilidad, lo preciso para continuarla.

Muchas gracias.